

A LOS CUARENTA AÑOS DE MEDELLÍN RECUERDOS Y REFLEXIONES¹

Se ha dicho que cuando no está muy claro hacia dónde vamos, bueno es recordar de dónde venimos. Y esto podría aplicarse a la *II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, celebrada en esta misma ciudad de Medellín hace ahora cuarenta años. Ella ha estado al origen de una historia eclesial latinoamericana, no apagada, que ha cobrado nuevo impulso en la *V Conferencia de Aparecida* el pasado año.

Sin ignorar acontecimientos anteriores, como el *Concilio Plenario Latinoamericano* de 1899, sí es importante recordar aquí la *I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* celebrada en Río de Janeiro del 25 de julio al 4 de agosto de 1955. Su importancia proviene fundamentalmente de que en ella nace el CELAM, el **Consejo Episcopal Latinoamericano**, a impulso de una pléyade ejemplar de pastores latinoamericanos que marcaron la historia de nuestra Iglesia. Conviene recordar, y admirar, que el CELAM nació diez años antes de que el Concilio Vaticano II proclamase la doctrina de la *colegialidad episcopal*, sin muchas palabras pero con hechos y de verdad. Desde ese momento, el CELAM tendría como una de sus principales funciones la de organizar las próximas Conferencias del Episcopado Latinoamericano cuando el Papa las convocase.

Comienza a pensarse en una Conferencia latinoamericana después del Vaticano II

El CELAM desde su fundación ha venido celebrando regularmente Reuniones Ordinarias cada año. Al principio para tratar de la organización interna del Consejo y más tarde para abordar temas o urgencias pastorales de acuerdo con los signos de los tiempos. En este sentido fueron de particular importancia las que se celebraron en Roma durante el Concilio (la VII, del 5 al 27 de noviembre de 1963; la VIII, del 6 al 29 de octubre de 1964 y la IX, del 23 de septiembre al 16 de noviembre de 1965). Ocupaba por entonces la Presidencia del CELAM Mons. Manuel Larraín, Obispo de Talca en Chile. Fue elegido para el período 1964-1965, acompañado por Dom Hélder Cámara como primer Vicepresidente. Fue reelegido para el período

¹ Un desarrollo más amplio de lo que ahora se expone puede encontrarse en el pequeño libro de Cecilio de Lora, *Iglesia para el reino de Dios. En torno a Aparecida*. Madrid, PPC, 2007.

1966-1967 teniendo a Dom Avelar Brandão Vilela como primer Vicepresidente. En estas reuniones de Roma se estudió y llevó a la práctica la reorganización total del CELAM en vista de las experiencias tenidas hasta entonces y para poder llevar a cabo las tareas que iba ya proponiendo el Concilio.

Al frente de este generoso empeño estaba la lucidez profética de Mons. Manuel Larráin. Y, con él, un grupo ejemplar de pastores que por toda América Latina sembraban la esperanza de una manera nueva de vivir la Iglesia. Pero el 22 de junio de 1966, poco antes de la X Reunión ordinaria del CELAM a celebrarse en Argentina del 9 al 16 de octubre, muere Don Manuel trágicamente en accidente automovilístico viajando de Santiago, poco antes de llegar a su Talca querida. Esa misma Reunión del CELAM en Argentina eligió a Dom Avelar Brandão Vilela, Arzobispo de Teresina, en el nordeste del Brasil, como Presidente. Le acompañaron como Vicepresidente primero Mons. Pablo Muñoz Vega, arzobispo de Quito, Ecuador, jesuita, antiguo rector de la Universidad Gregoriana en Roma, y Mons. Marcos McGrath, religioso de la Santa Cruz, por entonces Obispo de Santiago de Veraguas, en Panamá, como segundo Vicepresidente.

Fue precisamente en la IX Reunión ordinaria del CELAM, en el otoño europeo de 1965, cuando Don Manuel había propuesto a los Obispos latinoamericanos, reunidos en Roma al término del Concilio, un encuentro episcopal que evaluara en nuestro continente la aplicación del Vaticano II y diseñara estrategias pastorales coherentes con el mismo. Esta iniciativa fue aprobada días después por Pablo VI. Estaba naciendo la que sería denominada *II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* que se celebraría en Medellín, Colombia, en 1968. Pero entre estos dos momentos - 1965 y 1968- hay hechos importantes que van a enriquecer el desarrollo de ese momento fundamental para la configuración de una Iglesia de perfil netamente latinoamericano, camino del Reino, hechos que no han perdido validez hoy día.

Preparando Medellín

El primer de estos acontecimientos, del 5 al 11 junio de 1966, fue el primer encuentro para una **pastoral de conjunto, celebrado en Baños**, balneario acogedor en la provincia de Tungurahua, en el Ecuador. Allí se reúnen tres de los nacientes Departamentos del CELAM que tienen que ver con *laicos, acción social y educación*. Quieren coordinar tareas. Se percibe

que una acción laical tiene que estar comprometida con una acción social. Y que la educación no puede tener realmente validez si no es desde una perspectiva social. Allí, en Baños, arropados por el cuidado y la sensibilidad pastoral de Monseñor Leonidas Proaño, obispo de la vecina diócesis de Riobamba, se congregó un grupo numeroso y valioso de obispos, laicos, teólogos y pastoralistas. El encuentro vino a plasmar la necesidad sentida de una pastoral de conjunto. En esta reunión, por primera vez en un encuentro oficial de la Jerarquía católica, se aborda el tema de la "dependencia" como clave alternativa analítica al "subdesarrollo" en la interpretación de la situación latinoamericana. La idea de "atraso" viene sustituida por la comprensión de la "dependencia" como resultado de diversas causas históricas y de presentes condicionamientos políticos y económicos. La respuesta correspondiente tendrá que ver con las exigencias de la "liberación" en sus diversos planos, tema que se irá configurando en los próximos años.

En Buenos Aires se preparaban por aquel entonces de 1966 grandes celebraciones con motivo del sesquicentenario de su fundación. Se pretendía incluso que a ellas acudiera Pablo VI. Pero estalló el golpe militar en Argentina y el Papa, con esa finura y delicadeza tan nobles y notables que lo caracterizaban, rechazó acudir al encuentro. Ante falsos rumores difundidos de una posible presidencia de la reunión por parte de Dom Hélder Cámara en nombre de Pablo VI, y los consecuentes alborotos que ya se anunciaban, el gobierno militar decidió que la reunión del CELAM se trasladase de Buenos Aires a **Mar del Plata**. El gobierno mismo corrió con los gastos del viaje y del alojamiento en el lujoso Hotel Provincial de aquella ciudad. Allí se trató, del 9 al 16 de octubre, sobre **La Iglesia en el Proceso de Desarrollo e Integración de América Latina**. Se vive todavía con el esquema interpretativo de "subdesarrollo-desarrollo" para identificar la problemática latinoamericana, así como con el esquema "marginación-integración", posterior. Medellín vendría a superarlos poco después. Se aborda también el tema del "neo colonialismo" como clave para la comprensión de América Latina, esquema que es cercano al de la dependencia.

En aquella X reunión ordinaria del CELAM, celebrada allí mismo, fue elegido Dom Avelar Brandão Vilela Presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano, como ya se dijo, y con él comienza a desarrollarse la preparación inmediata de Medellín. Las conclusiones de Mar del Plata, por lo demás, tuvieron amplia resonancia y fueron entregadas personalmente al Secretario General de la ONU en Nueva York, U Thant, y al de la OEA en Washington, el argentino Orfila.

Más adelante, en aquel mismo año de 1966, se realizaría en **Lima**, del 21 al 26 de noviembre, un **encuentro latinoamericano de la pastoral de las vocaciones**. El Cardenal Juan Landázuri, Arzobispo de Lima, tuvo un papel preponderante, como lo tendría más tarde en Medellín en calidad de Copresidente de aquella Conferencia.

Muy importante fue también el encuentro celebrado en febrero de 1967, del 12 al 25, en la ciudad colombiana de **Buga**, centrado en **temas educativos y de pastoral universitaria**. La Universidad Católica en América Latina estuvo en el centro de las reflexiones y proyecciones. Se trató de articular niveles académicos, institucionales, de calidad con una sensibilidad pastoral acorde con los signos de los tiempos. Los encuentros de Buga tuvieron mucha importancia y no dejaron de levantar ciertas reacciones por parte de grupos conservadores que veían amenazadas sus instituciones universitarias y sus privilegios desde una visión de corto alcance. El pensamiento de Paulo Freire, que atravesaba ya América Latina con los planteamientos de la *educación liberadora*, estuvo presente y fecundó muchas de las reflexiones. Se iban acercando los días de Medellín.

En abril de 1968, del 24 al 28, tiene lugar en **Melgar**, Departamento colombiano del Tolima, el **I Encuentro Latinoamericano de Pastoral en Territorios de Misión**, desde las nuevas perspectivas conciliares. Allí, junto a obispos bien comprometidos en llevar adelante un nuevo planteamiento misionero (Gerardo Valencia Cano, colombiano, Misionero Javeriano, Presidente del Departamento de Misiones del CELAM; Garaygordóbil, del Ecuador; Samuel Ruiz, luchador por los lados de Chiapas, en México; Mons. Labaka, capuchino, asesinado más tarde por indígenas en la selva oriental ecuatoriana, el 21 de julio de 1987, junto con la Hna. Inés Arango, terciaria capuchina, colombiana; Luciano Metzinger, del Perú...entre otros) se reunieron teólogos, antropólogos, sociólogos y misioneros en una reflexión muy bien articulada, pero que no agradó mucho en estratos superiores vaticanos, con sus lógicas consecuencias posteriores. Asistió, como delegado de la Santa Sede, Monseñor Sergio Pignedoli, Secretario de la Sagrada Congregación para la Evangelización de los pueblos. Este importante encuentro marcó el inicio de un proceso de profundización teológica y antropológica así como de mayor compromiso pastoral con los pueblos indígenas y afro-americanos, que conduciría a una mejor comprensión y valorización de sus culturas. Posteriormente esta preocupación por la inculturación del Evangelio tendría gran repercusión en la *IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* de Santo Domingo, sobre todo en su tercera parte cuando se aborda el tema de la inculturación. Cabe añadir que Mons. Gerardo Valencia Cano, Obispo de Buenaventura en Colombia, murió poco después, en 1971, en un accidente aéreo, lleno de interrogantes o

sospechas, por las montañas de su amada Antioquia. En la homilía de su entierro, alguien diría de él que cuando se le oía hablar desde su radicalidad evangélica, uno se sentía cuestionado y hasta incómodo, pero cuando se le veía vivir, todo resultaba tan claro y sencillo...

Una vez más, estos encuentros fueron creando un clima, unas expectativas, unos deseos de renovación que presagiaban ya lo que podría ser la *II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*.

Hay que señalar también como acontecimiento destacado en estos momentos previos a Medellín la elección de **Mons. Eduardo F. Pironio** como *Secretario General del CELAM* en la XI Reunión Ordinaria del Consejo Episcopal Latinoamericano, celebrada en Lima del 19 al 26 de noviembre de 1967.

El primer *Secretario General del CELAM* fue Julián Mendoza, desde su fundación en 1955 hasta que fue consagrado como primer Obispo de Buga, en Colombia, el 6 de marzo de 1967. En aquel momento ocupó interinamente el *Secretariado* Mons. Marcos McGrath, más tarde Vicepresidente del CELAM. Era por entonces Obispo de Santiago de Veraguas, en Panamá. La dificultad de alternar su diócesis con el *Secretariado* le llevó a nombrar a Cecilio de Lora, religioso marianista, llamado a trabajar en el CELAM por Mons. Manuel Larraín en 1965, como su Adjunto, cargo que siguió desempeñando con Mons. Pironio, justamente en la preparación de Medellín.

Mons. Eduardo F. Pironio, natural de la ciudad de 9 de Julio, en la pampa argentina, había sido Rector del Seminario diocesano de Buenos Aires y, al salir de allí, fue nombrado Obispo Auxiliar de La Plata, junto a Mons. Plaza, su Arzobispo. Al ser elegido *Secretario General del CELAM* en Lima, en 1967, se ocupaba también provisionalmente de la Diócesis de Avellaneda, en sustitución de Mons. Podestá. Esto le impidió una incorporación inmediata de tiempo completo al *Secretariado* de Bogotá. Pero su orientación fue decisiva para la preparación de Medellín, cuya *Secretaría General* -la de la II Conferencia- también ejerció. Desempeñó el cargo de *Secretario General* hasta 1972 cuando fue nombrado Presidente del CELAM en la XIV Reunión Ordinaria celebrada en Sucre, Bolivia, entre los días 15 y 23 de noviembre, contando entonces con Dom Aloisio Lorscheider, arzobispo de Fortaleza en Brasil, como primer Vicepresidente, y Mons. Luís Manresa, Obispo de Quetzaltenango en Guatemala, como segundo Vicepresidente. Más tarde Mons. Pironio, al terminar su período presidencial, fue llamado al Vaticano donde fue nombrado Cardenal y ocupó puestos muy importantes para la vida de la Iglesia. Hoy lo veneramos como Siervo de Dios, al haber sido introducida ya su causa de beatificación en Roma.

Todos estos encuentros y personas son los que están propiciando un caldo de cultivo que va a permitir el florecimiento de lo que ocurrió en Medellín.

Y Medellín, por fin

Medellín, como corrientemente es denominada la *II Conferencia General del Episcopado*, ha sido denominado un Pentecostés para América Latina, como fue para la Iglesia universal un maravilloso Pentecostés el Concilio Vaticano II. Medellín supuso la aplicación de las riquezas del Concilio a nuestras Iglesias particulares de América Latina y el Caribe. Analizó la misión de la Iglesia frente al proceso de profunda transformación que se experimentaba por esta región, así como la vida y esperanzas de sus comunidades de manera creativa y responsable. Se leyeron los *signos de los tiempos*, empleando instrumentos adecuados de las distintas disciplinas en una clara interpretación de fe.

Medellín marca el inicio de una nueva era para la Iglesia Latinoamericana, como lo vislumbraba ya Pablo VI en el discurso inaugural de la Conferencia. Medellín proporciona aún hoy días respuestas válidas, forjadas en la fe y en la esperanza, y las dinamiza para una permanente transformación evangélica.

Medellín no se reduce a unas conclusiones, por importantes que sigan siendo hoy, contenidas en sus dieciséis Documentos: Medellín es un espíritu, una responsabilidad, un carisma, un horizonte de esperanza no cerrado.

Pablo VI fue el primer Papa en aterrizar en nuestro continente latinoamericano, en Bogotá, la capital de Colombia, donde presidió el *XXXIX Congreso Eucarístico Internacional*, en agosto de 1968. Y el día 24 de ese mismo mes, al terminar el Congreso, inauguró la *II Conferencia Episcopal* en la Catedral Metropolitana de Bogotá. Inmediatamente después de este acto se trasladó a la nueva sede del Secretariado General, ubicada en la Calle 78 con Carrera 11. Allí, en la bendición del nuevo edificio construido con ayuda de Adveniat, Pablo VI dijo:

"Os felicitamos por tan acertada obra que se suma a las numerosas y laudables iniciativas llevadas a cabo por el CELAM en su fecunda existencia y que han contribuido providencialmente al florecimiento de la Iglesia en este Continente"

Al día siguiente los componentes de la *II Conferencia* se trasladaron a Medellín, hermosa capital del Departamento de Antioquia, en medio del valle

del Aburrá. El Seminario Diocesano daría una cordial acogida a los 145 obispos, 70 sacerdotes y religiosos, 6 religiosas, 19 laicos/as y 9 observadores no católicos para un total de 249 personas componentes de la Conferencia. Mons. Tulio Botero Salazar era el pastor de la Arquidiócesis y su gentileza y generosidad se hicieron presentes en todo momento.

MEDELLIN, más de cerca

Medellín, la *II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, celebrada del 24 de agosto al 6 de septiembre de 1968, supone una cierta ruptura con el pasado y, al mismo tiempo, una cierta tensión con el entorno que la rodeó. El Concilio Vaticano II sería la fuente de inspiración y de ahí el título del encuentro: **"La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio"**.

Hay ruptura con el pasado: del Cardenal Piazza en Río de Janeiro, un Cardenal de la Curia Vaticana enviado por Pío XII para presidir aquella Conferencia, se pasa ahora a una presidencia tripartita en esta Conferencia. En ella figura el Cardenal Samoré que viene de Roma. El se consideraba padrino del CELAM: había apoyado su fundación en Río de Janeiro y su establecimiento en Bogotá, en donde él era Nuncio Apostólico para Colombia en aquellos momentos. Junto a él ocuparon la presidencia Dom Avelar Brandão Vilela, Presidente del CELAM, y el Cardenal Juan Landázuri, franciscano, Arzobispo de Lima, el más joven de los cardenales latinoamericanos en aquellas fechas.

Hubo también ruptura, por así llamarla, en la composición de la Conferencia. Mientras en el Concilio Latinoamericano de Roma y en la Conferencia de Río sólo hubo presencia de la Jerarquía (Obispos y Arzobispos), en Medellín hubo también la de clérigos y laicos, religiosos y religiosas, y hasta de representantes de otras confesiones cristianas, incluyendo un representante de la comunidad de Taizé, el Hno. Robert.

Pero la novedad más importante estuvo, sin duda, en la metodología seguida y en la temática abordada, como más adelante se precisará.

Mons. Eduardo Pironio, recién nombrado Secretario General del CELAM, fue también el Secretario General de la Conferencia, como ya se ha dicho. Le acompañaban como Adjunto Mons. Antonio Quarracino, de Argentina, quien sería más tarde Secretario y Presidente del CELAM, y un equipo de

auxiliares compuesto por Plinio Monni, Rubén di Monte (más tarde Obispo en Argentina), María Rosa Castro y Cecilio de Lora.

Los tres grandes asuntos abordados en Medellín, que dieron lugar a las tres partes del documento final, fueron:

- el tema de la promoción humana para los valores de la justicia, la paz, la educación y la familia;
- el tema de la evangelización a través de la catequesis y la liturgia, la pastoral popular y la de las elites;
- el tema de los problemas relativos a los miembros de la Iglesia. Se trataba de intensificar la unidad de la Iglesia y su acción pastoral a través de estructuras visibles, adaptadas a las condiciones de nuestro Continente (Introd., n° 8).

Hubo tensiones, sin duda, pero tranquilas, creativas. Por recordar alguna, la que se vivió cuando los representantes de otras comunidades cristianas pidieron comulgar en la Eucaristía que diariamente se celebraba en la sede de la Conferencia, el Seminario Mayor de Medellín. Su respetuosa y bien fundada petición fue corriendo de comisión en comisión de la Conferencia hasta volver a la Presidencia de donde había partido. Afirmaban en su carta que creían en la presencia eucarística de Jesús sacramentado y que sabían que en algunas ocasiones era posible la intercomuni6n. Al final, la Presidencia accedió a que recibieran la comuni6n. Fue un reflejo, al mismo tiempo, de nuevas exigencias ecuménicas y de una Presidencia abierta y flexible. Y fue, además, uno de los momentos de mayor emoci6n vividos en la Conferencia.

Esa fue una tensi6n que surgi6 durante la celebraci6n de la Conferencia. Pero desde Roma venían preocupaciones que poco a poco se fueron disolviendo en el transcurrir de la asamblea. Una tenía que ver con la posible "canonizaci6n" de la violencia. Estaba fresco todavía el recuerdo de Camilo Torres, el sacerdote colombiano que se uni6 a la guerrilla del ELN y fue muerto el 15 de febrero de 1966 en campos del Departamento de Santander. La imagen de este sacerdote flotaba en el entorno de la Conferencia. Algún periodista venido del extranjero viaj6 de Bogotá a Medellín por tierra para ver si se encontraba con guerrilleros... La Conferencia respondi6 sabiamente. En el documento sobre la Paz (2) se aborda el tema con profundidad evangélica y creatividad pastoral: se denuncia la presencia de una *"violencia institucionalizada"* (No. 16). Y se señala con vigor, y con sorpresa para muchos, que *"si bien es verdad que la insurrecci6n revolucionaria puede ser legitima en el caso de tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la*

persona y damnificase peligrosamente el bien común del país" (Populorum progressio, 31), ya provenga de una persona, ya de estructuras evidentemente injustas, también es cierto que la violencia... provoca nuevas ruinas..." (No. 19).

Cuando estos textos llegaron al Vaticano para su aprobación final, no fueron rechazados. Pablo VI, en entrevista personal con Mons. Eduardo Pironio a finales de 1968, le dijo al Secretario General del CELAM que los documentos eran válidos, provenientes de una Iglesia adulta y madura y que podían ser publicados bajo la responsabilidad del Consejo Episcopal. Las observaciones que hizo el Vaticano iban orientadas a un posible enriquecimiento de los documentos de Medellín.

Entre esas observaciones figuraba, por ejemplo, una sobre la *violencia institucionalizada* a la que se acaba de aludir: no se rechazaba el concepto ni el término, pero el Papa pedía algún ejemplo que la aclarara. En el equipo íntimo de trabajo de Pironio se escogió un párrafo de la misma encíclica *Populorum progressio*, el n. 30, para aclarar el significado, como así figura en el Documento final,

Este documento sobre la Paz es uno de los más ricos de la Conferencia y se inscribe ya en un nuevo esquema interpretativo de América Latina que tiene que ver con la realidad sentida de la *dependencia* injusta y la consiguiente exigencia de la *liberación*. En esta comisión, presidida por Mons. Partelli, Arzobispo de Montevideo, trabajó como perito, entre otros, Gustavo Gutiérrez y aquí se pueden encontrar ya huellas de la incipiente teología de la liberación.

Otra preocupación romana tenía que ver con el celibato sacerdotal. Hubo una discusión de mucha altura en torno al mismo. La mayoría de los obispos participantes no quería que se tocara el tema. Sin embargo, el obispo brasileño Dom José María Pires tomó la palabra en una asamblea plenaria para decir que los pastores debían escuchar el clamor de sus ovejas y no tener miedo para pronunciarse al respecto... Todo quedó ahí.

Un tercer tema de posible conflicto tenía que ver con la escuela católica. Había temor de que se fueran cerrando instituciones educativas de congregaciones religiosas, que iniciaban un éxodo hacia la periferia pobre de nuestras ciudades: un éxodo geográfico pero también pastoral y doctrinal. La Conferencia General de Medellín reafirmó el valor de la escuela y de la universidad católica (Nos. 17 y 19 del Documento sobre la Educación) y abrió nuevos horizontes a la tarea educativa al hablar de la *educación liberadora* y la misión de la Iglesia. En un párrafo particularmente denso y valioso teológicamente hablando -originado por Dom Cándido Padín, Obispo brasileño de Baurú y Presidente del Departamento de Educación del CELAM

en aquel momento-, se lee: "como toda liberación es ya un anticipo de la plena redención de Cristo, la Iglesia de América Latina se siente particularmente solidaria con todo esfuerzo educativo tendiente a liberar a nuestros pueblos..." (No. 9).

Como esos temas de "alto riesgo" habían sido tratados prudentemente, el Cardenal Samoré, en gesto noble que habla mucho en favor de su sensibilidad pastoral, dio permiso para que los documentos fueran publicados inmediatamente de terminar la Conferencia, antes de pasar la revisión vaticana. Había mucha expectativa en torno a ellos. La prensa - gran número de corresponsales extranjeros junto a los colombianos- espía celosamente todos los pasos de la Conferencia y sus escritos. Esa primera edición no incluye los enriquecimientos posteriores de Roma, ni sigue la numeración más tarde introducida. Sirve como testigo de lo que aquellos enriquecimientos significaron.

La metodología seguida en Medellín es de gran importancia: supone también una ruptura en muchos aspectos con los planteamientos seguidos hasta entonces. Se abre un nuevo esquema mental. Se basa en algo tan sencillo, pero tan fundamental, como el clásico *ver, juzgar y actuar*. Las mismas ponencias iniciales de la Conferencia arrancan de una visión de la realidad, del análisis de los signos de los tiempos en ella presentes desde la fe, para pasar luego a identificar las consecuencias pastorales. Hay, por lo demás, una lógica vital en la misma presentación de las preocupaciones que dan lugar a la tripartita composición de Medellín: la Iglesia que mira hacia el mundo, la Iglesia en su tarea evangelizadora y la Iglesia en su propia estructuración.

La primera semana de la Conferencia se dedicó a reflexionar en torno a las ponencias presentadas por los cinco conferencistas elegidos por el CELAM y los dos que añadió el Vaticano. Los temas tratados fueron:

LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS EN AMERICA LATINA HOY, por Mons. Marcos McGrath, Obispo de Santiago de Veraguas, Panamá; Segundo Vicepresidente del CELAM.

INTERPRETACION CRISTIANA DE LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS HOY EN AMERICA LATINA, por Mons. Eduardo F. Pironio, Secretario general de la Segunda Conferencia y Secretario General del Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM.

LA IGLESIA EN AMERICA LATINA Y LA PROMOCION HUMANA, por Dom Eugenio de Araujo Sales, Administrador Apostólico de Salvador, Bahía(Brasil), Presidente del Departamento de Acción Social del CELAM.

LA EVANGELIZACION EN AMERICA LATINA, por Mons. Samuel Ruiz G., Obispo de San Cristóbal de las Casas, Chiapas (México).

PASTORAL DE MASAS Y PASTORAL DE ELITES, por Mons. Luís Eduardo Henríquez, Obispo Auxiliar de Caracas, Presidente del Departamento de Seminarios del CELAM.

UNIDAD VISIBLE DE LA IGLESIA Y COORDINACION PASTORAL, por Mons. Pablo Muñoz Vega, Arzobispo de Quito, Primer Vicepresidente del CELAM.

COORDINACION PASTORAL, por Mons. Leonidas Proaño, Obispo de Riobamba, Presidente del Departamento de Pastoral de Conjunto del CELAM.

La segunda semana fue consagrada a redactar los documentos por comisiones, en las que libremente se inscribieron los participantes. Este trabajo se hizo en tres momentos: elaboración del *esquema inicial* preparado por la misma comisión y presentado al Plenario para su discusión y aprobación; *primer borrador*, elaborado por la comisión y sometido al Plenario; y la *redacción final*, asumiendo las correcciones sugeridas al borrador, seguido cada momento por votaciones. Hay que señalar que todos los documentos fueron aprobados en la votación final por la casi totalidad de los votantes.

El trabajo fue intenso, delicado, compartido. Periodistas extranjeros allí presentes - José Luís Martín Descalzo, por ejemplo - se admiraban del vigor del trabajo y de la calidad del mismo realizado en tan breve tiempo.

Grandes temas de Medellín

Uno de los temas que marcan el desarrollo de Medellín y su posterior influencia en el continente, y en la Iglesia universal, es el de la *opción por los pobres* (Documento 14). Esta opción evangélica de siempre se había debilitado por momentos en la vida de la Iglesia. El Vaticano II (recordemos intervenciones ejemplares de Juan XXIII o del Cardenal Lercaro sobre el tema) había despertado nuevamente la conciencia al respecto. En Medellín cobra un vigor inusitado. La confirmarían Puebla y Santo Domingo, y ahora Aparecida. No se trata de optar por los pobres para aumentar el número de los mismos, sino para salir con ellos de la pobreza, luchando contra la injusticia. "Sólo con todos los pobres y oprimidos del mundo podemos creer y tener ánimos para intentar revertir la historia", diría Ignacio Ellacuría en

1989, poco antes de su martirio. La pobreza no es buena ni querida por Dios. La razón última de amar a los pobres no es porque ellos sean mejores que los ricos, sino porque el Dios compasivo de la vida no quiere que les sea quitada la vida a los más débiles de sus hijos, como apunta Gustavo Gutiérrez. Más tarde la opción por los pobres vendría caracterizada como "preferencial", "evangélica", "no exclusiva ni excluyente"... con calificativos que tratarían de precisar -y tal vez de reducir- el vigor inicial de los planteamientos hechos en Medellín. Con todo, sigue vibrando hoy la expresión profética de Jon Sobrino: "*fuera de los pobres no hay salvación*".

Otro tema de gran importancia que florece en Medellín es el de las *comunidades eclesiales de base*. En el No. 10 del documento sobre la Pastoral de Conjunto (15) se habla por primera vez en toda la documentación de la Iglesia de estas "comunidades de base". Es un término nuevo que debió ser entrecomillado y que viene descrito de una manera sencilla, existencial, que hoy día arrastra una sonrisa de simpatía. Medellín es como el bautismo de estas comunidades cristianas, Puebla sería la confirmación. El tema causó sorpresa entre algunos participantes, pero no rechazo. Con él se abría una época pastoral rica y fecunda. Desde América Latina esta intuición profética -una manera nueva de ser Iglesia y promover nuevos ministerios laicales- se extendió a otros continentes, hasta tiempos recientes en que se desvanecen ilusiones, se produce un cierto "cansancio de los buenos", y se pierde una profética vía pastoral y doctrinal, que Aparecida parece querer recuperar.

A estos dos grandes temas, que van a identificar desde entonces el perfil de la Iglesia latinoamericana, se une otro de gran calado teológico y pastoral, como el de *la liberación*. La toma de conciencia de la situación que se vive en esos momentos "*provoca en amplios sectores de la población latinoamericana... aspiraciones de liberación*". (Doc. 10, Movimientos de laicos, num. 2). Este grito se verifica también en otros párrafos de varios documentos (Doc. 1, 4; 4, 9; 12, 2, etc.) y se señala su dimensión teológica en diversos lugares y sentidos, como cuando se afirma que "*la obra divina es una acción de liberación integral y de promoción del hombre en todas sus dimensiones...*" (Doc. 1, 4). Las múltiples alusiones a las exigencias de la liberación -de honda raigambre evangélica- desembocarían poco después de terminar Medellín, 1970, en la formulación de la *teología de la liberación* (Gustavo Gutiérrez). Esta reflexión, nacida en América Latina y extendida luego a otros rincones de la Iglesia universal, con diversas formulaciones en el correr de los tiempos y según los contextos, sigue manteniendo viva la conciencia de que Jesús de Nazaret vino a anunciar el Reino liberador desde los pobres de la tierra (cf.: Mt 11, 5; Lc 4, 16, por ejemplo).

Las tres dimensiones -opción por los pobres, comunidades eclesiales de base y liberación- van a enmarcar el caminar de la Iglesia en América Latina a partir de Medellín. Las tres se articulan íntimamente entre sí, se exigen mutuamente. La toma de conciencia de esta riqueza provocó en los primeros momentos un gran entusiasmo en buena parte de los sectores eclesiales, sobre todo en los pobres con espíritu. Era un entusiasmo semejante al de Jesús cuando *"con la alegría del Espíritu Santo, exclamó: Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque si has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla"* (Luc 10, 21).

Después de Medellín...

... vienen tiempos de alegría y entrega generosa, al terminar la década de los 60 y comenzar la de los 70. Renace la utopía del Reino. Hay un espíritu nuevo que se respira en todos los niveles de la Iglesia, desde las comunidades eclesiales de base, proliferándose por toda la geografía de América Latina a partir de su Brasil natal, hasta las mismas Conferencias Episcopales que, en varios países, comienzan a reunirse enseguida para incorporar a sus planes pastorales nacionales las conclusiones de Medellín.

Medellín asumió la realidad histórica de América Latina, apasionante en la década de los sesenta. Fue el tiempo de Juan XXIII y el Concilio Vaticano II; de J.F. Kennedy; de la comprensión de nuestra realidad desde los parámetros nuevos de la liberación (Celso Furtado, Helio Jaguaribe, Pablo Freire... en diversos ámbitos de la realidad social); de la revolución estudiantil de París y Berkeley, sin olvidar la que trajeron culturalmente los Beatles... Claro está que también fueron tiempos dolorosos de dictadura en algunos países de América Latina y el Caribe. Medellín inspiró una lectura teológica y profética de los signos de los tiempos, de consecuencias pastorales muy importantes.

Algunas intuiciones de Medellín -complementarias de las tres fundamentales ya señaladas- serían:

- la toma de conciencia de una Iglesia particular latinoamericana con una originalidad notable: la del servicio y liberación de **los pobres** desde una bíblica y actualizada visión del Éxodo, como paso de condiciones inhumanas de existencia a una existencia más conforme con el plan de Dios y las exigencias de la auténtica caridad (Introducción, 6). Es, tal vez, lo más valioso de Medellín: una opción clara y rotunda, sin los calificativos que luego se le fueron añadiendo y a veces enturbiando su comprensión y su vivencia;

- este desafío contempla no sólo estructuras nuevas sino **hombres nuevos**, verdaderamente libres y responsables de acuerdo con la inspiración del Evangelio (Doc. Justicia, 3), reconociendo que existen en América Latina situaciones de violencia institucionalizada (Doc. Paz, 16) que podrían legitimar la insurrección ante estructuras injustas (Doc. Paz, 19);
- la Iglesia entiende realizar su misión de salvación en la historia latinoamericana concreta en que se haya inmersa, superando viejos dualismos de corte maniqueísta (Doc. Justicia, 5) y asumiendo el anhelo de **liberación de los pueblos**;
- consecuentemente, la Iglesia refuerza su autoconciencia de ser Iglesia, Pueblo de Dios, en continuidad con el planteamiento conciliar, y con todas sus implicaciones en la comprensión y pastoral de la **religiosidad popular**;
- el **pluralismo pastoral** que resulta de la toma de conciencia de la existencia de diversas subculturas en el continente;
- la **evangelización** será entonces tarea prioritaria en su sentido más verdadero y significativo.

Tales caminos van a configurar durante un par de décadas, al menos, la nueva marcha de la Iglesia latinoamericana. Lo más valioso del Concilio Vaticano se refleja y actualiza en la Conferencia de Medellín y en sus consecuencias pastorales. Pironio, con intuición teológica y profética, señalaba que:

"Todo momento histórico, a partir de la Encarnación de Cristo, es momento de salvación. Porque la salvación - en germen ya desde los comienzos del mundo y admirablemente preparada en la Alianza con el Israel de Dios - irrumpe radical y definitivamente 'en los últimos tiempos'...

Pero hay 'momentos' especiales en la historia que van marcados con el sello providencial de la salvación. Este 'hoy de América Latina' es uno de ellos.

Cuando el hombre toma conciencia de la profundidad de su miseria - individual y colectiva, física y espiritual - se va despertando en él hambre y sed de justicia verdadera que lo prepara a la bienaventuranza de los que han de ser saciados y se va creando en su interior una capacidad muy honda de ser salvado por el Señor...por eso - si bien él 'día de la salvación' es todo el tiempo actual de la Iglesia que va desde al Ascensión hasta la Parusía - este hoy de América Latina señala verdaderamente 'el tiempo favorable, el día de la salvación' (2 Cor 6, 2) "

Estas palabras de Pironio en su *Interpretación cristiana de los signos de los tiempos hoy en América Latina* (Nos. 1 y 2) siguen teniendo plena vigencia ahora. La situación de deterioro y empobrecimiento crecientes que vivimos en toda América Latina exige una respuesta no igual, ni repetitiva, pero sí creadora y análoga a la de Medellín. Profética y actualizada. Medellín no ha acabado. Puebla y Santo Domingo continuarían su voz profética, aunque con diversos tonos, una voz que llega hoy hasta nosotros como exigencia renovada de fidelidad al Espíritu. *Aparecida* ha sido definida como el *Renacer de una esperanza* que a nosotros toca llevar a buen término.

Cecilio de Lora

Marianista

Latacunga, Ecuador, 16 de abril del 2008